

Las luminarias hizo á su victoria:
Algunos reservó, no humilde ruego,
Mas pomposa ambicion y vanagloria
De dar blason á su sangrienta traza,
Y á Glaura los despojos de su caza.

A mí, ó fuese que el hábito de moro
Con que salí de la prision de Abdalla,
Me hiciese parecerlo, y por decoro
Del me diesen la vida en la batalla;
O que el autor del cielo en quien adoro
Quiso para traerme aquí guardalla,
Yo al fin con otros dos salí del fiero
Imprudente Boacel por prisionero.

El resto, como en caza de inhumanas
Fieras, por entre peñas y agujeros,
A las manos murieron africanas
De aquellos implacables lobos fieros:
Sin que el humilde ruego, ni á las canas
De Mauril, ni sus santos compañeros,
Que de rodillas les pedian rendidos
Las vidas diesen, ni piedad, ni oídos.

El alarido y grita que volaba
Del vulgo al cielo, á quien favor pedía,
Aunque en quebrados ecos, donde estaba
Glaura llegó, y su hermosa compañía:
Y la que á ver medrosa se acercaba
De adonde el triste lamentar salía,
Viendo la mortandad, á rienda suelta
Huyendo de temor daba la vuelta.

Mas el furioso nieto de Agolante,
Que conoció las cazadoras bellas,
Con la victoria y el amor triunfante
Alegre por el bosque entró tras ellas:
Y en lo mas fresco dél, poco distante
Del asolado pueblo, halló entre ellas
El bello brio de Glaura, que en el mundo
Por aquel tiempo no tenia segundo.

Quedó el moro de nuevo sin sentido,
Y acariciado de la bella dama,
Por bien pagado dió lo que ha servido
Hasta aquel punto á cuenta de su fama:
Y ya en su mismo amor desvanecido,
En su alma adora la sabrosa llama
Que allí le trajo, y el dichoso sino
Que de gozar tal bien le hizo dino.

Contóle bravo el arrogante hecho,
Presentándole todas las cautivas,
Que dijo haber guardado por cohecho
De su gusto, y no de otro intento, vivas:
Y que á mí, de mi talle satisfecho
Solo queria por paje, y con altivas
Palabras, lleno de su vano antojo,
Dió á los suyos el resto del despojo.

Puso la mora en mí los ojos bellos,
No se si todo fue sospecha mia,
O gran descuido suyo, yo vi en ellos
Que nada mi presencia la ofendia:
Y en la inquietud de huillos y volvellos,
Ya la de su alma y corazón leía,
Entre algun quebrado ay, de aliento entero,
De su nuevo cuidado pregonero.

Preguntóme mil cosas con cautela,
Hijas del gusto de hablar conmigo,
Mi edad, mi patria, sangre y parentela,
Y quién me hizo de aquel pueblo amigo:
Cosas sueltas sin causa, en que revela
Amor á veces mas de lo que digo,
Gustando de todo ello el ignorante
Bárbaro inadvertido, y ciego amante.

Pasóse en esto el resto de la tarde,
Y venida la noche el moro hizo
Con sus bajillas de oro rico alarde,
Y banquete á su gusto antojadizo:
Y como el fuego que en las venas arde
Del amor con la gula se rehizo,

Consumió la humedad, y huyó el sueño
De las vivas congojas de su dueño.

Y no hallando parte de reposo
En la pluma y quietud del blando lecho,
De su tienda salió el moro vicioso
A ver la de su dama sin provecho:
Al tiempo que ella en un disfraz hermoso
Con igual inquietud salia en el pecho,
Quizá á buscar su antojo y devaneo
Que esto y mas que esto cabe en un deseo.

No se pudo saber de la salida
A tal hora de Glaura cosa cierta,
Ni adonde en tal disfraz desconocida
Iba de noche, y sin por qué encubierta:
Si ya no fue que sin pensar metida
En nuevo ardor de pretension incierta,
Tras el devanear del pensamiento
Salia, sin saber dónde iba, á tienta.

Descubrió el moro el bulto denegrido
De la amada beldad sin conocella,
Y viendo que al hablalla y al ruido
Atrás volvió lo temerosa huella,
Sospechando traicion, un prevenido
Venablo le arrojó, que dió con ella
En el suelo, clavado el blanco pecho,
Que al tiempo hizo hermoso sin provecho.

«Ay de mí, dijo, desdichada, y muerta
En lo mejor del gusto, y de mis años!»
Acudió el homicida á ver la incierta
Causa de desvarios tan estraños:
Y vió la luz de sus deseos cubierta
De sangriento arrebol, y los engaños
De su imaginacion deshechos todos
Por tan contrarios y no vistos modos.

Quedó pasmado, la color difunta,
Y todos juntos en desgracia tanta
Corren á ver la miserable junta,
Que en torno se hace de su triste infanta:
Y ella clavada en la acerada punta
Tan bella está, que aunque mortal espanta,
Roceada de sus damas, cuyo llanto
Es á la noche horror, y al bosque espanto.

Llegué tambien yo á vueltas, que la suerte
Me llevó con los otros á ayudalla;
Y viéndome llegar, trabóme fuerte
De la mano, y al tiempo de apretalla:
«Ay causa, dijo de mi triste muerte!
Si la vida perdí yendo á busealla,
No pierda...» y no acabó, que en esto el filo
De la parca cortó al estambre el hilo.

Quedamos todos muertos viendo muerta
La bella infanta, mas Boacel furioso,
Que en su muerte sintió la suya cierta,
Ya con semblante horrible y pavoroso,
La aguda punta de arrebol cubierta,
Que caliente sacó del pecho hermoso,
Que á tal trance le trajo y á tal punto,
En el suyo escondió, y cayó difunto.

Doblóse el llanto, el alboroto y grita
Tal con la nueva muerte, que un retrato
De infierno el bosque fuera, si infinita
Su pena fuera, y no de un breve rato:
Fuese la noche, y vióse en sangre escrita
La celestial venganza al desacato
Hecho al Patron de aquel dichoso suelo,
Que así á los de su córte venga el cielo.

Quisieron dar los moros sepultura
Del sacro monte en un florido cerro
A los dos cuerpos juntos, fue locura,
Y el segundo añadir al primer yerro:
Que la amistad de un malo no es segura
Aun en la fria huesa y mudo entierro,
Al contrario del bueno, que convida
Como Eliseo al muerto con la vida.

Y como á defender á los superbos

Hijos de confusion el desacato
De dar del torpe amor á los dos siervos
Sepulcro ilustre en fúnebre aparato,
Un sombrío escuadron de negros cuervos
A dar bajo sobre ellos cruel rebato,
De cuyos picos y ásperos artejos
El de mas compasion huyó mas lejos.

Y ellos como verdugos enviados
Para aquel fin del celestial gobierno,
Los cuerpos, cuyas almas y cuidados
Son lóbregos tizonos del infierno,
En espantoso vuelo arrebatados
A un pardo risco por castigo eterno
De sus delitos, y el furor tirano
Del sin fe ni piedad rey Agolano;

Los llevaron, y allí sobre ellos puestos,
Entre el carrizo y huecas espadañas,
Con gritos atronando descompuestos
La postrera quietud de las Españas,
Puerta á los fuegos dieron deshonestos,
De que ya fueron hornos sus entrañas,
Entrando con los picos dentro dellas,
Hasta mostrar su hollin á las estrellas.

Así en el yerto risco peñascoso
Del inclemente Cáucaso se estiendo
A roer el pecho al escultor curioso
El buitre horrible que sobre él descende:
Y el escuadron de arpias asqueroso
Así en Arcadia al ciego rey ofende,
Arremetiendo con las corvas presas
A asir el pan, y trastornar las mesas.

No están sobre el cadáver recien muerto
Mas importunas moscas asentadas,
Cuando del asqueroso horror cubierto
El tibio humor le enjugan á picadas;
Ni cuando el campo de Ilion desierto
Dejaron las argólicas espadas,
De muertos luto y de sangrienta espuma,
De cuervos vió ni buitres mayor suma.

Dieron las corvas uñas á los ojos,
Y espanto á los que allí quedaron vivos,
Que fueran á no huir nuevos despojos
De sus presas y artejos vengativos;
Pues si algunos con bárbaros antojos
De armas se visten y ánimos altivos
Para librar su rey de aquel tormento,
Vencidos vuelven de su vano intento.

Y no solo á ellos, mas la córte entera
Del rey, que allí en Zalama fue prolija,
Y en triste luto y lóbrega litera
Llevar el cuerpo quiso de su hija:
El negro enjambre y gente vocinglera
Con importunos vuelos los cobija,
Haciendo que de ver su horror medroso
Huyendo vuelva el pecho mas brioso.

Dejaronlos allí al tormento horrible,
Y á libre voluntad de los soldados,
A guardar el alcázar invencible
Del mártir de Segovia acostumbrados:
Desde el sangriento golpe del terrible
Daciano, que sus miembros arrojados
En la playa dejó, y negó á Valencia
Para enterrarle en su arenal licencia.

Allí el ave de Apolo hizo la vela
Sobre el sagrado cuerpo, y allí estuvo
En cuidosa y perpétua centinela,
Y campo á todos con su fe mantuvo:
Y ahora tambien en su defensa vuela
Sobre su sacro monte, y al que tuvo
Animo de ofenderle, se presume
Que en eterno tormento le consume.

Yo desde allí en poder de Cardiloro
Quedé por suyo, y él en noble trato,
Sirviéndose de mí no como moro,
Aquí me trajo, donde en el rebato

De anoche quedó muerto, y el sonoro
Discurso de mi vida, y su retrato
Es este, y este el áspero rodeo
Al bien que ahora sin pensar poseo.

ALEGORIA.

Orlando, que saliendo á caza, queda tras el gusto de su novela perdido y engañado por Garilo, significa que muchas veces el entendimiento, por divertirse en curiosidades sin provecho, queda perdido, y llevado de un error en otro hasta perecer. Y en el encantamiento de sus amigos convertidos en estatuas de oro, como la avaricia es un vicio tan torpe, que vuelve á los hombres estatuas, absortos en la sedienta codicia del dinero. En la historia de Roselio se ve lo mucho que importa el tener devocion con los santos: y como el desacato que se les hace, y el agravio hecho al inocente, pocas veces deja el cielo de castigarlo, y en el rey Rodrigo los soberanos efectos de la penitencia.

LIBRO DÉCIMOTERCIO.

ARGUMENTO. Describese el gran aparato de las fiestas de Francia la ferocidad de Morgante rey de Coreega, y las brávezas que hizo con las nuevas de la muerte de su hermano Bramante. Prosigue Orimandro en contar los monstruos de Creta. Llega Bernardo sobre una armada de corsarios, donde libra de prision á Arcángelica la bella, princesa del Catay; y enamorado de su hermosura, la pierde en una gran tormenta, de donde se se eesepa nadando sobre una entena.

Así Roselio en su sabrosa historia
Los que oyéndole están entretenia,
En el sentido haciendo y la memoria
Una mezcla de pena y de alegría:
Del santo rey la conocida gloria,
El trágico furor de Berberia,
Del uno y otro amante el desatino,
Y el justo premio de sus culpas dino.

En tanto con las fiestas aplazadas
El francés hinche de alegría la tierra,
Desde el frio golfo y gentes apartadas
Que el encubierto mar Gótico encierra,
Hasta donde sus ondas abreviadas
Del Calpe rompen la encumbrada sierra,
Alborotando su clarín bastardo
La ardiente sangre al pecho mas gallardo.

La Gran Bretaña al templo de la fama
Dió en otro tiempo bellos resplandores,
Cuando al guerrero dios la blanda llama
Del dulce amor templaba los furoros:
No habia jayan feroz sin tierna dama,
Casados con las armas los amores,
Lleno aquel rico mundo de altos hechos,
De ilustres brazos, y de heróicos pechos.

De héroes famosos llena la presencia
Del siglo que hoy asombra su memoria,
Del antiguo Merlin la grave ciencia,
De Artús la mesa, de Amadis la gloria;
Del rey Perion la ilustre descendencia,
Del triunfo del honor famosa historia,
Viviendo aunque en dos cuerpos con un alma
El tierno mirto y la triunfante palma.

Por las selva de Ardenia á sus venturas,
En pomposa beldad y altiva frente,
Pasar solian tiernas hermosuras,
Tascando en oro el palafren ardiente:
Encerradas aun hoy no están seguras,
Que á un rayo de metal resplandeciente
Viene en la cuadra de mayor recelo
Danae rendida, y su recato al suelo.

Aun no el ciego interés con su codicia
La fe tenia cual hoy tiranizada,
Ni habia entonces parido la avaricia

Los monstruos que hoy la tienen afeada,
Ni del picante Momo la malicia
La casa daba del honor manchada,
Todo era gentileza y gallardía
Cuanto en el mundo y en su gente había.

El siglo de oro pudo ser llamado
De aquella edad el tiempo venturoso,
Cuando del mayor rey la honra y estado
En ser valiente estaba y generoso:
Mas no, que el siglo nuestro es el dorado,
Y el mundo hoy en sus cosas mas precioso,
Donde el oro ha llegado á tanto lustre
Que es oscura sin él la sangre ilustre.

El rey Carlos también gozó gran fama,
Insigne corte, y bravos caballeros,
Mas como les faltó de amor la llama,
No pudieron llegar á los primeros;
Que los que el vulgo paladines llama,
Y yo príncipes de ánimos guerreros,
Son hombres encantados, que su hechura
De humana tiene sola la figura.

Orlando el principal capitán dellos
Era, según la fama, hombre encantado,
Velloso el cuerpo, y ásperos los vellos,
De hombros metido, de color tostado;
Turbios los ojos, duros los cabellos,
Gruesa la barba, el pelo ensortijado,
De miembros mas fornidos que elegantes,
Y de fuerza mayor que dos gigantes.

Reinaldos fue también un hombre esquivo,
De ánimo y corazón determinado,
Ambicioso, sagaz, astuto, altivo,
Colérico, atrevido y recatado:
Pocas veces de amor se vió cautivo,
Ni supo á tiempo amar, ni ser amado;
Flordelis fue testigo, y lo es con ella
El tierno amor de Angélica la bella.

Los demás belicosos paladines
De altivez fueron y soberbia llenos,
Conquistando á la fama sus clarines,
Su tierra al mundo, y á la mar sus senos:
Tibios al dulce amor, de cortos fines,
Que para amores nunca fueron buenos,
Hombres duros, incultos y feroces,
De fieros pechos, y ánimos atroces.

Si el gallardo Ruger fue tierno amante,
No era en nación francés, era africano;
Si supo amar la bella Bradamante,
Una temprana flor no hace verano:
Esta sin otras dió causa bastante
De las hadas al claustro soberano,
Que alegre acariciando al pueblo moro
Contrario fuese de los lirios de oro.

Así también el ordinario oficio,
Que en la corte de Francia se sabía,
Era de armas el áspero ejercicio,
Que su nación colérica pedía:
Y entre el cansado Marte y su bullicio
Apenas rayo del amor salía,
Que mejor siempre las francesas flores
En armas aprobaron que en amores.

Y en justas ahora de placer metidos
Su tierra miran de alegría poblada,
Los circunstantes reinos conmovidos,
Con grandezas la fama sobornada:
De la imperial ciudad por los ejidos
La milicia del mundo está sembrada,
Que á varios fines, por diversos modos,
A la voz de la fiesta acuden todos.

Lleno el país de pláticos soldados,
Ricos penachos por los yelmos puestos,
Sobre recios frisonos de encrespados
Plumeros de oro y chapería compuestos:
Almas fogosas, pechos arriescados,
Por cualquier aire á se arriesgar dispuestos,

Que la francesa cólera, el mas grave,
Aunque la quiere reportar no sabe.

Quién de una bella infanta al diestro lado
Lleva en su nuevo amor gusto cumplido,
Quién en el bosque oculto el bulto amado
Llorando halló el agravio recibido,
Quién á cobrar el ya perdido estado
Su brazo ofrece y su favor cumplido,
Y contra el gran poder fuerza bastante
De obscuro mago, ó descortés gigante.

Unos en negro luto andas doradas
Llevan entre el bordado terciopelo
Un muerto rey de tierras apartadas,
Que pidiendo venganza viene al cielo:
Que siempre acude á fiestas tan nombradas
Buscando fama lo mejor del suelo,
Donde se desagruvan ofendidos,
Y se suelen cobrar reinos perdidos.

Otros de armas y yelmos encantados,
Nacen, viven y mueren en cuestiones;
Otros de tierna cera, hombres cansados,
De duro cuerpo y blandos corazones:
De día por los desiertos abrasados,
De noche por estériles terrones,
Que la guerra y amor piden de fuero
Para sufrir su vida hombres de acero.

Cuál con la bella imagen de su dama
Resplandeciendo lleva el ancho escudo,
Cuál un pardo dragón en roja llama
Despedazando un corazón desnudo,
Cuál parlero clarín de altiva fama
Vuelto por falta de una pluma mudo,
Que la lanza mayor por sí no alcanza,
Sin quien ayude al cuento de la lanza.

Las selvas, los desiertos, los caminos
De desafíos llenos y revueltas,
Combates, bregas, riñas, desatinos,
Dulces pasiones en locura envueltas:
Unos lanzas buscando, otros padrinos,
Otros justas de galas, y otros vueltas
Las espaldas á todos sus cuidados,
Van en el de su amor embelesados.

Está en medio de Francia París puesta,
Ciudad insigne, corte populosa,
De edificios bellísimos compuesta,
En letras y armas clara y poderosa:
Y ahora en la voz de la aplazada fiesta
En placenteras galas tan vistosa,
Que no hay rincón en ella que no sea
Deste insigne aparato su librea.

Las torres, los balcones, las ventanas
Ardiendo en luminarias inmortales,
Cuya luz á las máscaras livianas
Alegre vista da y sombras iguales:
Llama el clarín, responden las campanas,
Al atambor sonoros atabales,
Y alegres chirimias y cornetas
Al tropellado son de las trompetas.

Vanse por todas partes ensayando
Hombres de armas, bridones y ginetes
De relámpagos de oro el aire blando
Cubriendo los grabados coseletes:
Entre el bruído acero tremolando
Plumas, bandas, banderas, gallardetes,
Ricos despojos del vencido moro,
De perlas llenos, y de cifras de oro.

Las calles y las plazas tan cubiertas
A todas horas van de gente armada,
Que el ronco estruendo y súbitas reyertas,
Ni oír consiente, ni entenderse nada:
De la insigne ciudad las francas puertas
Dando seguro paso y libre entrada
A varia gente en ciegos escuadrones,
Sin mirar leyes, ni aceptar naciones.

Aquí tablados hacen y escafadas,

Allí palenques, acullá barreras,
Altos andamios, firmes palizadas,
De varias trazas fuertes y maneras:
Quién limpia el corvo escudo, quién grabadas
Armas, sillas, penachos y testeras,
Quién en jaecces de oro y paramentos
Labra á su amor costosos pensamientos.

Quién da de tembladora argentaría
A su plumero varios resplandores,
Quién graba un limpio arnés, quién desafia
Y vence la iris bella en sus colores,
Quién la antigua bisarma, que servía
De inviolable blason á sus mayores,
Descuelga ya de mármoles estraños,
Donde la guardó el tiempo largos años.

Es el concurso grande, y la agonía
Varia, varios los pechos valerosos,
Que en noble empresa es honra la porfía,
Y señores del mundo los briosos:
Llegan mil aventuras cada día,
Sucesos de armas, lances amorosos,
Justas y desafíos de gigantes,
Pruebas de amor, y casos semejantes.

Al venidero mes que abre las flores
La fiesta principal está aplazada,
Que entre las rosas brotan los amores,
Y fiestas sin amor no valen nada:
Si algún azar no entibia estos furoros,
Gala el mundo no vió mas señalada,
La fama lo dirá... que un jayán fiero
Ahora á mi pluma lleva el vuelo entero.

Está del mar Ligústico cercada
Córcega dicha Cirno antiguamente,
Aspera, peñascosa, mal sentada,
De mal clima, mal suelo, y mala gente:
Del gran jayán Morgante gobernada,
Que en una roca sobre el mar pendiente
Su inespugnable alcázar se levanta
Con que á la isla enfrena, al mundo espanta.

Del pardo Bronte, que en la estrecha altura
De Meliguna un tiempo tuvo fragua,
Por recta línea y sucesión no oscura
Así la suya el tiempo antiguo fragua:
A Scila en su primera hermosura
El ciclope gozó dentro en el agua
De su madre Anfítrite, y della tuvo
Al fuerte Auson, y al inclemente Onubo.

Mató Onubo á su hermano, y de un pequeño
Niño, que de Dorisea dejó al mundo,
Llamado Lipar, el humilde isleño
De Lipara heredó nombre segundo:
Deste nació Ligusto, que en empeño
También dejó su nombre al mar profundo,
Naciendo Cirno dél, y deste Almonte
De Onubo abuelo, y del segundo Bronte.

De Bronte fue Dorisco descendiente,
Y Fulborando padre de Morgante,
Que heredó el reino y la soberbia gente
De Córcega, y fue hermano de Bramante,
Que huyendo dél por de ánimo inclemente
A Toledo pasó, y fue vano amante
De Galiana, y este en este modo
Es del rey corzo el real linaje todo.

Hacia la áspera costa al mar profundo
Hoy levanta un peñasco la cabeza,
Que en otro tiempo anduvo por el mundo
Hecho hombre, y de mortal naturaleza:
Quien de su primer ser sacó el segundo,
Y sus miembros vistió de tal dureza,
Yo lo diré despues, que ahora quiero
Al bravo corzo retratar primero.

Era un marino risco en estatua,
Cuerpo abultado, músculos fornidos,
Anchas espaldas, gruesa la cintura,
Larga y corva nariz, ojos torcidos,

Verdinegro en color, basto en hechura,
Barba y cabellos crespos y tupidos,
Y de tan firmes fuerzas, que pudiera
Mudar un monte, si mudable fuera.

Una ancha cimitarra que jugaba
De blancos filos un quintal tenía,
Conque del primer golpe destrozaba
Entero un hombre y dos y tres partía:
Y á este respecto lo demás llevaba
Del reforzado arnés que se vestía,
Asaltando arrogante un campo entero,
Ora armado de seda, ora de acero.

Trazando un día en su ánimo orgulloso
Cómo en Francia esgrimir podría su maza,
Y en sus fiestas hacer su brazo airoso
El general espanto de la plaza:
A sus piés puesto un mensajero odioso
Con triste nueva humilde los abraza,
Y el golpe le encarece furibundo
Con que el cruel Bramante huyó del mundo.

Dejóle el nuevo caso embelesado,
En el cómo y el cuando cuidadoso,
Mas vuelto en sí de aquel primer cuidado
Impaciente se muestra y desdenoso:
Y de un cruel furor arrebatado
Cuanto delante está rompe furioso,
Todo lo hace igual, nada perdona,
Gente, vestidos, armas, ni persona.

Cual sierpe antigua en siesta calurosa,
Hacia el terron que le arrojó el villano
Se alza, silba, y revuelve la escamosa
Concha sembrando muertes por el llano:
Y á la garganta y lengua ponzoñosa
Del mortífero pecho saca en vano
(La sed prolíja que sufrió en su cueva,
Y oculta allí para matar la lleva.)

Así del torpe desabrido pecho
Del bruto rey de Córcega revienta
En rabioso furor veneno hecho,
En que el confuso corazón alienta:
Y al que la nueva trajo sin provecho
En debidas albricias de su afrenta
(Las que le dió den siempre al que se ceba
En ser correo de una mala nueva.)

Del débil pié le coge, ¡estraño aliento!
Y á dos veces que el brazo da la vuelta,
En triste ruido por el sordo viento
Va cual de rústica honda piedra suelta:
Bajó buscando el húmedo elemento,
Y el agua blanda en crespas espuma vuelta
Recibió el cuerpo en peña convertido,
Ya por el aire enjuto endurecido.

Que cual de estrecho frio detenida
Nube en el hueco viento congelada,
En blanca nieve baja endurecida,
Y en menudos vellones apretada:
O cuando á duros globos reducida
En aljófares gruesos cae horrada,
Sin sangre el cuerpo así del miedo helado
En duro pedernal cayó trocado.

Y allí la humana forma consumida
Quedó en medio la mar vuelto roquedo,
Que quien por mucho andar perdió la vida,
Justo es que para siempre se esté quedo:
Así este cuento, ó fábula fingida,
El vulgo canta en Córcega sin miedo
Que lo tenga por tal, siendo lo cierto
Que el correo fue sobre aquel risco muerto.

Que descendiendo por el aire blando,
A quien la ira del cruel gigante
Sin alas hizo penetrar volando,
Nombre al risco le dió, bulto y semblante:
Y él todavía en su furor bramando
Con ánimo impaciente y arrogante
Sin que respeto ni temor le ocupe,



Torpes blasfemias contra el cielo escupe.
 Mas por alegre ornato, ó por decoro,
 Que por la religion, ni su cuidado,
 De los Penates el casero coro
 De su cuadra un altar tenia dorado:
 Y aunque en precio y valor era un tesoro,
 De la avenida del furor llevado
 La rabia estrenó en ellos de manera:
 Que ninguna deidad le quedó entera.
 De Júpiter un nuevo learo hizo,
 Que al turbulento mar bajó volando;
 A Venus y á su hijo antojadizo
 Dos Leandros que á Sesto iban nadando;
 A Marte entre las manos le deshizo,
 Y mejor lo hiciera peleando,
 A Vulcano arrojó con tal enojo,
 Que de ambos piés al caer le dejó cojo.
 No hicieron tanto estrago los gigantes
 Del monte Pelion en su antigua guerra,
 Licaon, y otros mónstruos semejantes
 Que contra el cielo levantó la tierra:
 Como en sus simulacros elegantes
 La ira que el pecho de Morgante encierra,
 Que en una hora rompió mas dioses vilez,

Que en mil años eriaron los gentiles.
 Y de impaciencias lleno, y de despecho,
 Una horrible venganza determina,
 Contra la afrenta y el agravio hecho
 Del gran Bronte á la real sangre divina:
 Y en este fuego ardiendo el turbio pecho
 A pié y sin armas para el mar camina
 A destruir el mundo por España,
 Y es poco el mundo en que vengar su saña:
 Solo, sin lanza, espada, ni escudero,
 Ni mas que el ciego ardor que le seguía,
 Al turbio mar en un batel ligero
 Furioso se arrojó, y furioso envía
 El barco sin timon ni marinero
 Por el confuso piélago sin guía,
 En señal que con ánimo iracundo
 Esta vez acomete á todo el mundo.
 Mas ya el soberbio mar tambien hinchado
 Se fue en verse pisar embraveciendo,
 Y el jayan de sus olas afrentado,
 Que haya otra mayor furia está temiendo:
 Y así en su enojo cruel precipitado
 Lanzarse quiere por el golfo horrendo,
 Y á pesar de los vientos y su guerra

Salir del ciego mar á hundir la tierra.
 Mas viendo el sordo piélago que hervia
 En perjuicio de su loco intento,
 Rabioso contra el cielo se volvia,
 Contra la fe, contra la mar y el viento:
 A sus cobardes dioses desafia,
 Al mar escupe el destemplado aliento
 Del aire á grandes voces embravece,
 Con que su rabia y la tormenta crece.
 Rompió ya de una vez Neptuno el freno,
 Y á las turbias estrellas se levanta
 Corrido en ver que de su hondoso seno
 La furia al mundo, y no á un gigante, espanta:
 Y el frio soplo de tormentas lleno
 Las velas hierde con braveza tanta,
 Que es su hinchada soberbia semejante
 Al ciego error del bárbaro Morgante.
 Seis dias anduvo sin ningun sentido
 Tras varias esperiencias de fortuna,
 Ya entre las crespas olas sumergido,
 Ya por la humilde arena, ya en la luna;
 Hasta que el turbio mar mas corregido
 Del viento no mostró señal alguna,
 Poniéndole á él entre bajeles varios
 De una enemiga flota de corsarios.
 Corria á barlovento de un navio,
 Que á esperar su intencion paró sin miedo,
 Y el corzo viendo el aparente brio
 Tambien por ver el fin se estuvo quedo;
 Cuando vió que en confuso desvario
 Al barloarse con igual denuedo,
 Como enjambre de abejas importuno
 Innumerables leños cercan uno.
 Morgante que entendió la demasia
 Del duro asalto al combatir primero,
 Ardiendo en los deseos que traia
 De abrasar con su llama el mundo entero:
 Contra toda la flota que venia
 En su barquillo arremetió ligero,
 Que sin armas, á coeces, y á bocados,
 Todos pensó dejarlos anegados.
 La gruesa entena del primer navio
 Furioso toma cual delgada caña,
 Y con mandobles della, y de su brio
 Destroza hace y mortandad estraña:
 Cunde la rabia, crece el desvario,
 El furor ciego, la indomable saña,
 Y de cualquiera de sus golpes fieros
 Deshace y hunde los navios enteros.
 Unos sin vida, otros sin figuras,
 Muertos deja unos, y otros atronados,
 Otros los huesos, carne y coyunturas,
 Molidos, hechos masa y aplastados:
 Arboles, gavias, jarcia, obencaduras,
 Grumetes, marineros y soldados,
 Como granizo sin dolor ni pena
 Derriba, y caen á palos con la entena.
 Así en la antigua Arcadia encina dura,
 Que á veces varear suele el villano,
 De gajos y bellota no madura
 A recios golpes cuaja el fértil llano;
 Y fruta, ramas, hojas y verdura,
 Todo lo iguala su pesada mano,
 Y si la hambre crece y la mohina,
 Desmocha y quiebra á palos media encina.
 Echó un navio á fondo en dos pedazos,
 Y á otros cuatro rompió jarcias y entenas,
 A cuál sin piernas deja, á cuál sin brazos,
 Y á cuál las manos de los sesos llenas:
 Atropellando estorbos y embarazos
 La capitana asíó por las cadenas,
 Y hubiera al saltar dentro por un lado,
 Si él no la enderezara, zozobrado.
 De humilde vulgo y torpes marineros
 Sin defensa mayor la halló cargada,

Y de su entena á dos redobles fieros
 Toda en el primer círculo escombrada:
 Unos al agua, y otros mas ligeros
 Volando van por cima de la armada
 A buscar su caudillo, que se halla
 Del abordado barco en la batalla.
 Con un gran capitan que en él traía
 El supremo lugar por su braveza,
 Y en su ancho escudo un rojo leon que hacia
 Blason á su invencible fortaleza;
 Y él con la diestra espada que esgrimía
 Por muestras de su brio y su destreza,
 A sus sangrientos piés tenia rendidas
 De los mas bravos las mejores vidas.
 Al tiempo que el jayan subió al navio,
 En su contrario el franco caballero
 Echó de un golpe dos con mortal frio,
 Y ahogó el orgullo en el que entró primero:
 Y á este, y aquel, y al otro quita el brio,
 Manchando en roja sangre el limpio acero
 En varios modos, que es su brazo fuerte
 Diestro en dar mil figuras á una muerte.
 Cayó un mortal desmayo en el ruido
 Que en torno hacia la confusa armada,
 Viendo su incauto general caido,
 Y su esperanza sin sazón cortada:
 Lo mejor de sus fuerzas destruido
 Del filo agudo de una sola espada,
 Y del cruel jayan la fuerza altiva,
 Que ahora de nuevo en su favor arriba.
 Y él heredando del contrario muerto
 El corvo alfanje y el valiente escudo,
 Por entre la canalla sin concierto
 Sembrando muertes va su filo agudo:
 Cual hasta las entrañas cae abierto,
 Cual sin piés acabar de huir no pudo,
 Cual sin brazos se halla, cual se queja
 Con solo un brazo, un hombro, y una oreja.
 Aquel antes ocioso, ya ocupado
 En volver las entrañas á sus senos,
 Mira otro que cabe él se halla admirado
 De verse la mitad del cuerpo menos:
 Uno su diestro brazo destroncado
 Busca, y viendo sobre él tantos ajenos,
 Mientras le encuentra la segunda herida
 El otro le arrebató con la vida.
 El rudo Telamon, cuando en venganza
 De su agravio asolaba el campo griego,
 Y en furiosa locura su pujanza,
 Ni admitia escusa, ni escuchaba ruego;
 Ni hizo mas riza ni mayor matanza,
 Ni se vió con su cólera mas ciego,
 Creyendo al golpe de su ira necia
 Ser los testuces principes de Grecia.
 Que en igual ó mayor carniceria
 De Córcega se via el rey brioso,
 Tal que á todos los ojos parecia
 Entre-manso ganado leon furioso:
 Y euando mas la mortandad crecia,
 Mas el combate crece peligroso,
 Que por mil partes los navios corsarios
 Gente llovian infiel en los contrarios.
 Seis medios signos el herir primero
 Durado á costa del corsario habia,
 Cuando de lejos un navio velero
 A dar sobre ellos vieron que venia:
 Ninguno lo juzgó por buen agüero,
 Lo mas del caso se verá otro dia...
 Que de Bernardo aquí la heróica fama
 Mi humilde musa á nuevas voces llama.
 Con él deje á Orimandro en su ejercicio
 Pintando en su afliccion dulces dolores,
 Que este es de un triste el ordinario oficio,
 Y el amor grande escuela de pintores:
 Dejéle de escuchar, porque es indicio

De no acabar jamás tratar de amores,
Mas ya aquí me conviene oírle un poco,
Pues no es él solo deste tema el loco.

Volvían á la gran Creta navegando
Lo que en contrario tiempo han descaído,
De un bordo y otro el crespo mar surcando
Con el jaloque el tramontana asido,
Y el rey de Persia su dolor contando
Así á Bernardo lleva entretenido:
«La fatal brasa en aire consumida
Sin resplandor quedó, Dúlce sin vida.

Destá muerte infeliz el golpe extraño
Los males dió que á Creta han perseguido,
Destá crueldad nacieron, deste daño
El reino está en desgracias consumido:
Alzáronse las nubes con el año,
Dejó su fuego el aire corrompido,
Y el fértil campo ya agostado y seco
De sus tributos hizo estéril trueco.

Sembró Mercurio horrible pestilencia
De fieras sierpes y aires venenosos,
Que la reina mataron sin clemencia,
Y fueron menos que ella rigurosos:
Cumpliéndose del hado la sentencia,
Que á Creta dió en agüeros espantosos
De su llama infeliz una centella,
A fin que su quietud se abra en ella.

Está el ignoto laberinto hecho
Por la mano de Dédalo ingeniosa,
De la rica ciudad un breve trecho,
Al ciego amparo de una selva umbrosa;
Donde un real monstruo de doblado pecho
Posada tuvo y cárcel engañosa,
Y al fin la luz de un hilo delicado
Hacerlo pudo claro de intrincado.

De aquí espantosos nacen todavía
Disformes bultos, sombras infernales,
Este el fuego encendió que en Creta ardia,
Y parió en ella los presentes males:
Sobre este obscuro laberinto un día
Un rico templo de arcos inmortales
Se vió nacido, ardiendo su tesoro
En las basas de cien columnas de oro.

De una arqueada bóveda era hecho
Tan alta, que en la vista se perdía,
Y con las piedras su dorado techo
Un estrellado cielo componía;
Con cien ventanas que de trecho á trecho
De luces la llenaban y alegría,
Abiertos en molduras y perfiles
Balcones de oro, rejas y pretiles.

En medio la alta fábrica preciosa,
De un enlutado pórfido labrada,
Una sombría tumba está pomposa,
Sobre diez ninfas de cristal sentada:
Y otra enlutada bóveda vistosa
De mosaicos follajes antorchada,
Así en arcos levanta su tesoro,
Que humilde hace en su respeto al oro.

En hombros destas ninfas se sustenta
La enlutada y funesta pesadumbre,
Y con sus diestras manos se alimenta
Al templo una inmortal y eterna lumbre:
Y así al mundo sus luces acrecienta
Con la que al oro enciende en su techumbre,
Que hizo bajando al mar que se dijese,
Que el día en Creta á no morir naciese.

Del real sepulcro en las doradas barras,
Con que su arqueada bóveda crecía,
De un dragon de oro en las azules garras
Una guirnalda daba lumbre al día:
Brillando toda está luces bizarras
De flores de tan rica pedería,
Que igualar su tesoro á los de Craso,
Es comparar la mar á un chico vaso.

Por hojas, esmeraldas, y por flores,
Rubís ardientes, perlas cristalinas,
Rubios topacios, iris de colores,
Blancos jacintos, amatistas finas,
Camafeos cubiertos de primores,
Y entre las agoreras Amandinas
Con esta letra un real carbunco frio,
«Por la venganza tuya, y honor mio.»

En el hueco sepulcro otro letrero
La muerte entre diamantes descubria,
Y aunque amasado de oro el rostro fiero,
Con el verso mataba, que decia:
«En cada luna una doncella espero
Que aquí degüelle la venganza mia,
Hasta que ponga otra mayor belleza
Esta hermosa guirnalda en su cabeza.»

Turbado del prodigio de la muerte
A ver el nuevo templo el pueblo vino,
Confuso del rigor con que le advierte
Su destruccion el celestial destino:
Ley sin piedad, cruel, y adversa suerte
La juzgara el tirano mas sanguino,
Librarse quieren todos del tormento,
Mas no poner ninguno el instrumento.

Del consejo del rey salió acordado
Que se ejecute lo que el cielo ordena,
Y el sacrificio, cual lo pide el hado,
Se ofrezca cada mes la luna llena;
Hasta que en sangre laven su pecado,
Y con la culpa quede igual la pena,
Y á este fin se procure por la tierra
La beldad que mayor caudal encierra.

De los reinos de amor las mas hermosas
A grande espensa y gastos son buscadas,
Y para las exéquias dolorosas
En pronósticos tristes alistadas:
Aquí solas las feas son dichosas,
Y todas las hermosas desdichadas,
Si ser en algo venturosa quiere
Váyase á Creta la que fea fuere.

Sus gentes en la islas comarcanas
Ni oro han dejado ni doncella hermosa,
Escogiendo en las flores mas tempranas
Para su triste altar la mejor rosa:
Al fin entre estas víctimas humanas
Un día cautivaron á mi diosa,
Y el rey viendo la luz por quien yo vivo,
De una cautiva se sintió cautivo.

Pervirtió el nuevo amor los sacrificios,
Y la que iba á ser víctima sagrada,
En lugar de los dioses mas propicios
Por diosa instituyó fuese adorada:
Mas ya el cielo cansado de sus vicios,
Al nuevo altar de la beldad amada
Dió por verdugo la disforme fiera,
Que le vengara si por mí no fuera.

De allí, cual dije, libérté la vida
De quien la mia en pago me ha quitado,
Y en triunfo ilustre á la ciudad traída
Naevo decreto el real consejo ha dado:
Que á las primeras suertes sea admitida,
Y sujeta al rigor del duro hado,
Sir que mando de rey ni otra potencia
En algo altere esta última sentencia.

De doce de la urna aborrecible
La última fue á salir mi amada diosa,
Con que el cielo mostró en señal visible
Ser la menos decente y mas hermosa:
Ya once altares corrian sangre horrible
De infeliz hermosura, jestraña cosa!
Que mas la hambre y mortandad crecía
Cuando algun sacrificio se hacia.

Un año en Creta me dejó encantado
El vano amor, y mil me entretuviera
Con un cabello sin quebrarse atado,

Que es la esperanza dulce hechicera:
Después que le quité en el fértil prado
Mi bella diosa á la serpiente fiera,
Porque me diese la enemiga suerte
Con el fin de su vida el de mi muerte.

Ya el enlutado día se acercaba
Que al mundo habia de echar en noche obscura,
Y el sol que á él y á mí nos alumbraba
En la indigna y temprana sepultura:
Ya el verdugo el cuchillo aparejaba,
Y la luna sin luz y sin figura,
Su variable curso apresurando,
Iba creciendo, y mi placer menguando.

Y aunque incierta su muerte, la sospecha
Bastó á turbar el gusto de mi vida,
Que un desdichado siempre da por hecha
Contra sí la desgracia mas temida:
La cadena arrastrando mas estrecha
Que en la prision de amor fue conocida,
De un mal en otro procurando en vano
Un favor breve de su ingrata mano.

Trazando de un dolor varios intentos
En uno me resuelvo y determino,
Que es no poner en duda mis contentos,
Ni fiar mas suerte á mi contrario sino:
Mas romper del altar fueros sangrientos,
Y del robar el sacrificio indino,
Pensé acertar, y tiene amor mandado,
Que no acierte á servir quien no es amado.

Puse en el puerto á punto este navío,
Mi gente por el bosque entretejida,
Y á pesar del cretense señorío
De la muerte otra vez libré á mi vida,
Sin darle cuenta del intento mio,
Medroso que de altiva y desabrada,
Fuera el altar del sacrificio injusto
De mas gusto en el suyo, que mi gusto.

Allí robé la que mi alma triste
Donde quiera que está tiene robada,
Y aquí la traje, y como tú la viste
Siempre sin ocasion la vi enfadada:
Que el dulce premio en que el amor consiste
Es suerte, y fue la mia desgraciada,
No pide otra ocasion el que quisiere,
Si aborrecido de quien ama fuere.

Si bien yo fuese donde nace el día
De nueva lumbre y resplandor vestido,
El poderoso sol flaco sería
Contra las sombras deste ingrato olvido:
Que desta ausencia la tiniebla fria
En que me tiene el desamor metido,
Ni donde sale el sol, ni donde acaba,
La luz podrá hallar que le alumbraba.»

Dijo, y al curso de su amor dudoso
Cogió la rienda, y aflojola al llanto,
Y sintiendo no en gusto desdichoso
El leonés su dolor hizo otro tanto,
Que es de cruel pecho, á un caso doloroso,
Tener el corazón de duro canto:
El rey su llaga aprieta en lo secreto,
Que aunque estaba afligido era discreto.

Con pecho heróico el grato mal reprime
Del ardiente furor de su agonía,
Aquella diosa en su memoria imprime
Que tantos sacrificios le debia:
Y porque el corazón no desanime
Finge esperanza donde no la habia:
«Quizá, dice, el dolor del mal que siento
Será algun día especie de contento.

Cual pecho avaro en allegar tesoro
Con deleite el trabajo facilita,
Que la hambrienta codicia y sed del oro
A insufribles tormentos necesita:
Tal esta dulce muerte, en quien adoro,
Mi vida alegre, mi alma resucita

Con el nuevo plaacer y el gusto nuevo,
Que en morir por tan noble causa llevo.»

Así el rey Persa al gran Bernardo hablaba
Y entre esperanzas y temor moria,
Que este con sobresaltos le ahogaba
Lo que aquella adulando le ofrecia:
Con nuevo miedo amor su pecho agrava,
Y la confusa guerra en que venia,
Es no saber si la beldad robada
Segunda vez á Creta fue llevada.

Que aquel divino brazo riguroso
Que la robó con superior violencia,
Será en ambas desgracias poderoso
A ejecutar del hado la sentencia:
Todo tiene su fin triste, ó dichoso,
Darse debe á los dioses la obediencia,
No es su poder como el del hombre estrecho,
Mas siempre lo que el cielo ordena es hecho.

Bernardo afable aquel dolor consuela,
«Todo, le dice, está en su sabia mano,
Ni el pié se mueve, ni la pluma vuela,
Sin licencia y acuerdo soberano:
Es fuerza que el dolor lastime y duela,
Que es duro golpe en corazón humano,
Mas la cordura en todas ocasiones
Los gustos mide, y templá las pasiones.

Y esta funda mortal que al alma viste
Es lumbre de esmaltada vidriera,
Que si es dorada, azul, alegre, ó triste,
Tal luz dentro en la sala reverbera:
Y bien que el punto del valor consiste
En grave pecho de igualdad entera,
Mas cuerpo humano de contrarios hecho
No puede al alma dar mas firme pecho.»

Así el noble leonés, y así el persiano,
Uno sus cosas cuenta, otro las guía,
Y en blanda paz mitiga el pecho humano,
Cual suele la agradable compañía:
Cuando del feo Triton el reino cano
Crespo se revolvió, y se escondió el día,
Braman los vientos, crece la tormenta,
Perdido el norte, el cómputo, y su cuenta.

Ahora es tiempo, oh luz del tercer cielo,
Que alegre llueves dulce amor fecundo,
Y tu resplandor quinto, cuyo vuelo
El ocio quita y flojedad del mundo,
Que ambos templados envíeis al suelo
A mi pluma un feliz saber profundo,
Con que cante en espíritu doblado
Un tierno amor y un fiero Marte airado.

Un ejercicio y otro son vapores
Que al seso suben con la sangre nueva,
Y á la imaginacion hechos furoros
Su mismo brio y su inquietud los lleva:
¿Qué armas hay en la tierra sin amores?
¿Qué gloria que al amor no se le deba?
Oya el mundo mi voz, que hace mi pluma
Hoy de Marte y de amor una gran suma.

Seis veces tras la lámpara febea
Con la suya Diana alumbró el mundo,
Y siempre el viento en áspera pelea
Feroz luchaba con el mar profundo;
Cuando entre hinchados tumbos de marea,
Impedido el primero del segundo,
Fue la persiana vela descubriendo
De un conflicto naval el ronco estruendo.

Y allí un gigante que en favor de un barco
Contra todo un ejército pelea,
Volviendo de azul rojo el hondo charco
Un bauprés espantable que voltea:
Y con mas vidas á sus piés que el arco
Derribar suele de la muerte fea,
Al combatido leño saltó, cuando
Los dos á ver su furia iban llegando.

Pusiéronse á mirar, mas ya informados